

El Lyceum Club de Madrid un refugio feminista en una capital hostil

The Lyceum Club's Madrid: a feminist refuge in a hostile capital

RESUMEN

A pesar de la asidua resistencia del patriarcado ante el Lyceum Club Femenino (1926-1936) y ante la entrada de la mujer española en la esfera pública en general, el Lyceum se convirtió en un centro de sociabilidad donde las mujeres podían lucir sus talentos, hacer amistades personales y profesionales, y donde pudieron —por primera vez en España— cuestionar la condición social y jurídica de su género. Si bien hubo intelectuales y científicos como Ortega y Gasset y Marañón que ofrecían toda clase de razones para demostrar la inherente inferioridad de la mujer, el Lyceum comprobó lo opuesto; ésto se evidenció especialmente cuando en 1931, varias socias del Club fueron nombradas a puestos prestigiosos en la Segunda República. En 1926, se fundó el Lyceum Club Femenino en Madrid. Este Club, a pesar de la resistencia que sufrió a manos del patriarcado, creó un refugio para mujeres cultas y capacitadas donde podían gozar de la compañía de otras mujeres, crear vínculos personales y concienciarse sobre cómo mejorar la condición social de su género.

Palabras clave: Lyceum Club, misoginia, patriarcado, República, esfera pública.

ABSTRACT

In spite of the assiduous resistance by the patriarchy vis a vis the Feminine Lyceum Club (1926-1936) and vis a vis the entrance of Spanish women into the public sphere in general, the Lyceum became a center of sociability where women could display their talents, build personal and professional relationships, and where for the first time in Spain question the social and legal condition of their gender. Although there were intellectuals and scientists like Ortega y Gasset and Marañón who proffered countless reasons to demonstrate the inherent inferiority of women, the Lyceum proved the opposite; this became especially evident when, in 1931, several of the members of the Club were named to prestigious posts in the Second Spanish Republic. In 1926, the Feminine Lyceum Club was founded in Madrid. The Club would, despite resistance from the patriarchy, create a haven for educated and gifted women where they could enjoy the company of other women, create personal bonds and become more aware of how to improve the social condition of their gender.

Key words: Lyceum Club, misogyny, patriarchy, Republic, public sphere.

¹ California State University, Long Beach – Estados Unidos.

SUMARIO:

— Fundación del Lyceum Club Femenino en Madrid, inspirado en el Lyceum londinense. — Resistencia por parte del patriarcado ante la introducción de la mujer en la esfera pública en los años— Lyceum como refugio para mujeres cultas y capacitadas. — Funciones del Lyceum: crear ambiente de sociabilidad, lucir talentos, concientizarse sobre la condición social y jurídica inferior de la mujer.

El *Lyceum Club Femenino* de Madrid, creado en 1926 —y que Amparo Hurtado considera «la primera asociación feminista del país» (Hurtado Díaz, 1999: 23)— fue categorizado, estigmatizado y juzgado de muchas maneras en su época. Sus socias fueron etiquetadas de «criminales», «liceómanas», «ateas», «excéntricas» y «desequilibradas» (Rodrigo, 1979:136). Se consideraba el club como un «casino femenino» lleno de «mujeres jugadoras» porque había una sala para jugar a las cartas (Fagoaga, 2002: 146-47). Se sospechaba que era un local de ocio, que era, por supuesto, donde obraba el demonio. Como veremos, los ataques venían de varios sectores; sobre todo, de parte de intelectuales conservadores y del sector eclesiástico. Luego, durante la República, las agresiones procederían de los que militaban en las filas falangistas que denunciaban la «afemenización» del país por la creciente participación de la mujer en el sector público; sobre todo, este temor a la mujer moderna procedía de un machismo fanático, importado de Alemania e Italia².

A pesar de toda la oposición ante el *Lyceum Club*, muchas de las mujeres que participaron en sus actividades se realizaron como profesionales, como artistas y, sobre todo, como mujeres que aprendieron a afirmarse como tales. Aunque en Madrid se había empezado a hablar del feminismo años atrás, no hubo ningún foro donde las mujeres pudieran hablar de los problemas sociales de la mujer y de sus derechos civiles hasta la fundación del *Lyceum Club*. Además el *Lyceum* se convertiría en un banco de compensación para la creación de otros grupos y foros con intenciones feministas o metas sociales en los cuales muchas de las socias participaron³. O sea, el *Lyceum* iba a proporcionar a las mujeres en Madrid tres posibilidades inauditas en la historia de la mujer; una, la de cultivar una vida social y cultural de convivencia entre mujeres, y dos, la de demostrar sus talentos y capacidades en un foro propio; tercera, y la más significativa de todas, la de proponer cambios en la situación jurídica y social de la mujer —justamente lo que el patriarcado quería resistir y anular antes de que (lo que ellos percibían como) el «cáncer feminista» invadiera sus tierras sagradas, o sea, el sector público y profesional.

2 Sobre este tema, véase Theweleit.

3 Por ejemplo, se creó la *Liga Femenina Española por la Paz* en 1930, cuyo comité ejecutivo fue compuesto sobre todo por mujeres del *Lyceum* (Samblancat en Campoamor, 2002: 27).

El primer Lyceum (llamado *The International Lyceum Club for Women Artists and Writers*) fue fundado en Londres en 1903 por la escritora Constance Smedley —con sus amigas Christina Gowans Whyte, Elsa Hahn, Violet Alcock, y una estadounidense, Jessie Trimble, todas ellas entonces socias del *Writer's Club*. En comparación con los centros culturales para hombres, Smedley encontraba el local de este club para mujeres muy inferior; pero cuando la escritora recomendó a las autoridades que se mejoraran las condiciones del *Writer's Club*, su propuesta fue rechazada sin más. Smedley, de familia adinerada, era consciente de que a muchas de las escritoras londinenses les faltaban recursos económicos y estaban luchando por establecerse como escritoras; también sabía que la pobreza, el inconformismo y el espíritu independiente de sus colegas les habían relegado a una posición marginal en aquella sociedad. Así fundó el Lyceum, estableciéndolo en un amplio y elegante edificio en Piccadilly para que las mujeres pudieran competir como intelectuales dentro de la sociedad establecida. Decía Smedley que el *Lyceum* era para que las mujeres profesionales asalariadas —no importaba cuánto ganaran— «pudieran sentirse como parte de la aristocracia del intelecto» (Brockington, 2004: 3).

En principio, como las fundadoras eran escritoras, la meta inicial del *Lyceum londinense* era, según Smedley, «establecer centros de vida intelectual y cultural por todo el mundo, y promover así un intercambio de ideas entre mujeres cultas de todas las naciones» (*cit. post.:* Brockington, 2004: 2). Pero ampliaron sus horizontes y optaron por incluir a mujeres profesionales que «se dedicaran o estuvieran interesadas por las artes, las ciencias y el bien público» (Hurtado Díaz, 1999: 24). También invitaron a participar a mujeres que estaban casadas con hombres prominentes. Smedley luchó contra la noción patriarcal de «esferas separadas»; o sea, la esfera pública —donde el trabajo era asalariado y era para hombres— y la esfera privada —la de la casa y sin compensación monetaria que era para mujeres (Brockington, 2004: 4). Poco a poco el *Lyceum* entró en el terreno de los derechos de la mujer, promocionando el voto a la mujer y la igualdad de condiciones para los profesionales de ambos sexos⁴. Brockington se maravilla de los logros de *Lyceum londinense*:

Creo que el *Lyceum* era extraordinario porque combinó el *gravitas* de una institución con el entusiasmo reformista de un grupo de presión

⁴ Luego se fundarían sedes en muchos lugares del mundo, entre ellos, París, Berlín y Nueva York. Hoy día hay unas cien sedes en diecinueve países; la mayoría están en Nueva Zelanda, Francia, y Alemania. En los Estados Unidos hay sólo uno, en Filadelfia; en España ninguno. El *Lyceum Club* celebrará su treintaésimo congreso en Lyon, Francia, en mayo de 2007. *International Association of Lyceum Clubs*, www.lyceumclub.org/en/news_events.htm#ref1.

política. Condujo una campaña para los derechos de la mujer y la cooperación internacional que amenazaba con interrumpir el *establishment* británico; sin embargo, llegó a ser una facción del mismo. Nadie puede discutir su éxito como institución (Brockington, 2004: 2).

Este primer *Lyceum* implantaría la semilla para el *Lyceum Club Femenino* que se fundaría en España veintidós años después. En 1925 Carmen Baroja y su cuñada, Carmen Monné, viajaron —¡sin maridos!— a Londres, y se hospedaron en el *Lyceum Club* (Hurtado Díaz, 1999: 29). Pero también otras españolas estaban inspiradas en el club de Londres, como señala Baroja: «Por entonces veníamos reuniéndonos unas cuantas mujeres con la idea, ya muy antigua en nosotras, de formar un club de señoras. Esta idea resultaba un poco exótica en Madrid y la mayoría de las que la teníamos era por haber estado en Londres, donde [los clubs femeninos] eran...tan abundantes» (Baroja, 1998: 89).

En principio, había 151 socias. Siguiendo la estructura del *Club londinense*, en Madrid se establecieron seis secciones: la social, la de música, la de artes plásticas e industriales —llevada por Carmen Baroja—, la de literatura, la de ciencias, la internacional y una séptima sección especial, la hispanoamericana⁵. La presidenta era la que dirigía la Residencia de Señoritas⁶, María de Maeztu; su primera junta incluía dos vicepresidentas: la escritora y luego diplomática, Isabel Oyarzábal⁷, y la abogada Victoria Kent; la tesorera era Amalia Galárraga, amiga de Carmen Baroja; la traductora y esposa del poeta Juan Ramón Jiménez,

5 Entre las constantes actividades culturales, había una estrecha colaboración y amistad con las compañeras latinoamericanas. En 1928 la chilena Gabriela Mistral —que parece ser que fue amante de Maeztu, y era muy amiga de Victoria Kent— dio un recital de poesía. La gran dama de las letras en Buenos Aires, Victoria Ocampo —íntima amiga de Mistral—, dio una conferencia, seguramente en la misma época en que estuvo invitada a hablar en la Residencia de Señoritas, el curso de 1931-32. (Carretón, 2005: 13; Mangini, 2001: 84). Otras que participaron eran las poetas Alfonsina Storni, de Argentina y Delmira Agustini, de Uruguay; la antropóloga cubana Lydia Cabrera y la escritora venezolana María Teresa de la Parra —amante de Cabrera— dieron discursos. Cabrera y Parra eran amigas de Mistral, que en los años treinta era cónsul en España. La casa de Mistral en Madrid era un lugar de encuentro para ilustres como Kent y Maeztu, y para Ocampo, Parra y Cabrera, cuando visitaban Madrid (Delano, 1969: 35). La pintora y hermana de Jorge Luis Borges, Norah Borges —una importante ilustradora en el movimiento ultraísta en los años diez y veinte en Madrid— también participó en actividades en el *Lyceum* (Hurtado Díaz, 1999: 31).

6 La Residencia de Señoritas —parecida en su meta a la Residencia de Estudiantes para hombres— se estableció en Madrid en 1915 para alojar a mujeres de provincias que habían ido a estudiar alguna profesión en la capital. Algunas estudiaron carreras universitarias, otras Magisterio. Tenían biblioteca y salas donde se impartían clases y hacían ciclos de conferencias.

7 Como señala Concha Fagoaga —a pesar de que María de Maeztu fuera presidenta entre 1926 y 1928— la que sería presidente entre 1928 y 1934, Isabel Oyarzábal, ya dirigía el *Lyceum* desde 1926. Dados los muchos compromisos que tenía Maeztu —entre los más absorbentes, la dirección de la Residencia de Señoritas y de la sección primaria del Instituto Escuela— no pudo dedicarse plenamente al *Lyceum* (Fagoaga, 2002: 149-50).

Zenobia Camprubí, era secretaria; y la profesora estadounidense, Helen Phillips, era vicesecretaria⁸.

Para entender el ambiente en el cual esta insólita organización obró, conviene repasar la situación social de la mujer española después de la primera guerra mundial. Es verdad que en lo externo —el modo de vestirse a lo *garçonne*, por ejemplo— la mujer «moderna» había cambiado con el advenimiento de la gran guerra y la apertura de horizontes más internacionales. También es evidente que las mujeres habían empezado a participar en la vida pública; algunas estudiaban, otras salieron a trabajar en tiendas y fábricas, unas pocas tenían profesiones como maestras, enfermeras, y una minoría ya había alcanzado un nivel cultural aun más alto⁹. O sea, los cambios eran dramáticos para el patriarcado. Como diría un defensor del *Lyceum*, el marido de Galárraga, José María Salaverría: «Uno de los fenómenos modernos que más ha contribuido a alterar la fisonomía de la sociedad civilizada es el de la mujer circulante y actuante» (*cit. post.*: Fagoaga, 2002: 148).

Pero ese mismo progreso y el fenómeno de «la mujer circulante y actuante» provocaron una intensa campaña en contra de la tímida liberación de la «nueva mujer» o la «Eva moderna», o para mayor consternación para el patriarcado, «la feminista». Esta revancha o *backlash* vino en la forma de una amplia serie de tratados, conferencias, y artículos misóginos publicados en libros y periódicos por científicos, literatos, y periodistas en la década, sobre todo, de los años veinte¹⁰. Discurrían sobre las capacidades (más bien incapacidades) mentales, físicas, culturales, y sentimentales de la mujer. Las mujeres eran «anatomizadas», «desmembradas», y analizadas por hombres que eran,

8 Phillips fue directora del *Internacional Institute*, entidad fundada por la misionera protestante, Alice Gordon Gulick, en Santander en 1871; cuando Gulick reconoció la lamentable situación pedagógica en España para las jóvenes, decidió abrir una escuela —el *International Institute*— para jóvenes españolas y estadounidenses. Después de varias mudanzas, en 1903, con el apoyo de varios iluminados de la *Institución Libre de Enseñanza* (ILE), se trasladó el *Institute* a Madrid. En 1910 se mudaron a un nuevo edificio, construido para albergar al *Institute* en la calle Miguel Ángel 8, donde sigue hoy día. La nueva directora —Gulick había muerto—, Susan Huntington, no sólo secularizó el *Instituto*, lo convirtió en un centro de estudios para educar a las jóvenes desde el kinder hasta la escuela secundaria. Las estudiantes eran de muchos países y los mejores intelectuales españoles y norteamericanos dieron cursos y conferencias allí. Entre las profesoras estaba María de Maeztu. El *Institute* empezó a colaborar estrechamente con la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en 1915 y con la *Residencia de Señoritas* en 1917. El intercambio entre todas estas entidades seculares relacionadas con la ILE —sobre todo los que eran específicamente para mujeres— abrieron el camino para que se estableciera el *Lyceum*, para que participaran en las actividades del *Club* intelectuales españoles y extranjeros comprometidos en cambiar la lamentable situación pedagógica en España. Es importante enfatizar que la labor de María de Maeztu y sus estrechos vínculos con la ILE y con las educadoras estadounidenses fueron elementos claves para los adelantos que se consiguieron en España en el primero tercio del siglo.

9 En 1920, había 1.867 madrileñas ejerciendo en profesiones de prestigio; en 1930, había 4051 (Fagoaga, 2002: 151).

10 Sobre este tema, véase Mangini, (2001: 97-107); Nash (1999) y, en especial, Glick (2003).

supuestamente, expertos en temas femeninos. Al timón de este debate estaba el eminente endocrinólogo, Gregorio Marañón, cuyas ideas sobre el inequívoco y único papel de la mujer —la de madre— influyeron ampliamente entre muchos profesionales del campo jurídico de la época. Bajo los pretextos de la reforma de la situación anti-higiénica de la madre y su prole y de la reforma sexual, Marañón aprovechó para comprobar la inferioridad biológica y social de la mujer. Las diferencias biológicas, según Marañón, son los factores determinantes para que la mujer siga en su estado de lánguida domesticidad: «La mujer está hecha para el ahorro de la energía, para concentrarla en sí, no para dispersarla en torno; como que en su seno se ha de formar el hijo que prolongue su vida, y de su seno ha de brotar el alimento de los primeros tiempos del nuevo ser» (Marañón, 1920: 10). Además, Marañón distingue entre la sexualidad masculina —el coito— y la «sexualidad» femenina —la maternidad:

La función sexual primitiva es en el hombre breve, fugaz: dura lo que el rápido acoplamiento con la hembra. [...] En la hembra, por el contrario, observaremos que la función sexual primaria es larga y complicadísima. Comprende toda la serie de funciones, á cual más complejas y delicadas, de la maternidad (Marañón, 1920: 12).

El igualmente influyente compañero en esta campaña era el intelectual más poderoso de aquel entonces, José Ortega y Gasset, cuyos escritos comprueban —sin los recursos científicos del endocrinólogo, pero con igual convencimiento desde su pedestal de genio— la inferioridad de la mujer:

En el mismo instante en que vemos una mujer nos parece tener delante un ser cuya humanidad íntima se caracteriza, en contraste con la nuestra varonil y la de los otros varones, por ser esencialmente confusa... pero no tiene sentido desear que la mujer deje de ser «sustancialmente» confusa. Equivaldría a aniquilar la delicia que para el varón es la mujer gracias a su ser confuso. [...] En la presencia de la Mujer presentimos los varones inmediatamente una criatura que, sobre el nivel perteneciente a la humanidad, es de un rango vital algo inferior al nuestro. No existe ningún otro ser que posea esta doble contradicción: ser humano y serlo menos que el varón. En esa dualidad estriba la sin par delicia que es para el hombre masculino la mujer (Ortega, 1961: 167-8).

También el tema de la reforma sexual —el mejorar las relaciones sexuales en el matrimonio— matizado con argumentos freudianos, desvió el tema de los derechos de la mujer hacia terrenos más biológicos que políticos. La discusión patriarcal descartó el hecho de que la situación represiva impuesta a la mujer por el patriarcado fuera la causa de su lento desarrollo como

ciudadana; culparon así a la mujer por su aparentemente ingénita debilidad mental y emocional. Y al hablar de reformismo sexual y los problemas de las madres, del mismo modo pudieron ignorar los problemas socio-políticos que acosaron a la mujer española en su situación subalterna. Sobre todo, en algunos casos obcecaron u obstruyeron el verdadero mal que padecían las mujeres, retardando así su progreso. Thomas Glick lo explica: «Durante los años veinte, el feminismo político ("los derechos de la mujer") no era el eje del debate sobre el papel social de la mujer en España; lo era el quebranto de la vida sexual (*sexual dysfunction*). La represión política típicamente tiene el efecto de trasladar temas políticamente obvios a temas sociales más neutrales» (Glick, 2003: 76). Lo que no señala Glick es que esta campaña esconde una inherente ironía. Las mujeres querían hablar de sus derechos civiles para cambiar su destino y alcanzar mayor estatus frente al hombre, pero ellos se preocupaban por «mejorar» su vida sexual; o sea, los hombres querían politizar el cuerpo de la mujer. Al deliberar los «expertos» sobre la libido y el orgasmo de la mujer, sobre sus reflexiones fisiológicas y emocionales, evidentemente pensaban que podrían controlar mejor los temidos misterios del sexo femenino.

De modo que si bien es verdad que Smedley pudo adelantar la campaña para borrar las delineaciones de esferas públicas y privadas en los primeros años del siglo XX, todavía en los años veinte los líderes de la campaña misógina en España utilizaron todos sus recursos para impedir la realización de los derechos civiles de las mujeres y mantenerlas en la esfera privada como «ángel del hogar». Hay cientos de declaraciones que indican ésto, casi siempre con una equívoca retórica para mostrar una simpatía por el «sexo débil». Por ejemplo, en 1922 el Señor Escartín y Lartiga explica que lo que obra en el hombre es «la razón», y en la mujer, «el sentimiento»; uno es apto para «el comercio social» y la otra «es, por esencia, el ángel del hogar». Por ende, nos da una terrible advertencia apocalíptica:

Y ¡ay! de la Humanidad, y ¡ay! de la mujer, si un día el ángel deja abrasar sus tenuous alas en el fuego destructor de la soberbia y abandona el oculto y amoroso albergue donde siempre viviera, para lanzarse locamente en el raudo torbellino de esa vida pública en medio de la cual el hombre tiene que reñir las más violentas y terribles batallas (*cit. post.* Nash, 1983: 65).

Éste es uno de los muchos mensajes aterradores que lanzaban los misóginos histéricos —apoyados por los científicos— al pensar que la mujer pudiera apoderarse de una pequeña parcela del vasto territorio patriarcal.

A pesar del torbellino que suscitaba el tema de la mujer entre los hombres, las mujeres del *Lyceum Club* perseveraron. Lucieron sus talentos como escritoras, artistas, y profesionales en general. Debutaron con sus obras creadoras allí; sobre todo se estrenaron muchas obras de teatro en el Lyceum¹¹. También fue un lugar de inspiración para incipientes escritores, como las poetas Ernestina de Champourcin y Concha Méndez, y Encarnación Aragoneses (Elena Fortún), que se convirtió en la famosa escritora de los libros de Celia (Mangini, 2001: 90). Claro que la insistencia del Lyceum en resaltar el talento de las mujeres en Madrid era otro elemento que ponía a rabiar al *establishment*, convencido de que el talento era patrimonio del hombre. Además, como los hombres no podían ser socios —aunque no hubieran querido serlo, claro está— su exclusión era imperdonable¹². Esta transgresión, entre otras, hacía que las socias del *Lyceum* «merecieran» las etiquetas que antes mencionamos. Las mujeres del *Lyceum* tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para retener las aguas del diluvio misógino de la iglesia y del patriarcado que se les caía encima. A pesar de su intento de mostrar indiferencia ante las muchas calumnias, al final tuvieron que recurrir a los tribunales a través de la intervención heroica de las abogadas y socias del *Lyceum*, Victoria Kent y Matilde Huici (Rodrigo, 1979: 136).

Desde el principio, el criterio para ser miembro del *Lyceum* era puramente cuestión de formación, no de ideología política¹³. Tenían que haber cursado estudios superiores o haber hecho obras sociales; también las mujeres que se habían destacado como escritoras, artistas, o intelectuales, podían unirse al grupo. No importaba si la mujer estaba soltera o casada¹⁴. Tampoco importaba

11 Por ejemplo, la pintora vanguardista Ángeles Santos exhibió su gran obra «Un mundo» allí en 1929 (había ya exhibido poco antes en el *IX Salón de Otoño* en Madrid), que fue todo un acontecimiento en el escenario vanguardista. El teatro fue muy importante en el *Lyceum*, ya un número notable de las socias habían escrito, traducido o actuado en el teatro, como Lejárraga, Halma Angélica, Baroja, Camprubí, Champourcin, Fortún, Graa, Méndez, Monné, Oyarzábal y Ucelay (Nieva de la Paz, 1993: 68). También pertenecían al *Club* varias actrices conocidas como Margarita Xirgú, y la bailarina «La Argentinita» (Carretón, 2005: 13).

12 Sin embargo, participaron muchos hombres como público y como conferenciantes (Mangini, 2001: 91).

13 Aunque había mujeres de todas las tendencias: desde las que pertenecían a la conservadora *Asociación Nacional de Mujeres Españolas* (ANME) a militantes socialistas (Fagoaga, 1985: 183).

14 Es de notar que había varias mujeres que brillaban por su ausencia, posiblemente por su estado de divorciada o separada como la escritora Concha Espina en el primer caso, y Carmen de Burgos en el segundo. Conversación con Amparo Hurtado Díaz en Barcelona, 17/2/2000. El tener fama de libertina, el caso de Margarita Nelken, también era motivo de exclusión. Carmen Baroja comenta que «Margarita tenía un horrible odio al *Lyceum*. [Unos] decían que no había intentado entrar porque temía que no se la admitiera por antiguas aventuras que había tenido, ya que en el Lyceum lo único que no se toleraba era la conducta *non sancta*» (Baroja, 1998: 105). Nelken, antes de casarse, había tenido una hija con el bohemio y muy admirado escultor, Julio Antonio; además se jactaba de tener muchos amantes delante de sus colegas periodistas para provocarlos.

la clase social de las miembros aunque, claro está, sólo las mujeres de clase media y alta tenían la formación necesaria para ser admitidas. Tampoco se tomaba en cuenta la edad de las socias ni sus creencias religiosas, ni su orientación sexual¹⁵.

Hurtado Díaz señala un papel clave que jugó el *Lyceum* como entidad de sociabilidad en las vidas de las mujeres: el psicológico. Al resaltar el desasosiego y descontento que sentía Carmen Baroja en el papel de madre, esposa, y ama de casa que le habían asignado su madre, sus hermanos y su marido, Hurtado dice: «...fue decisivo para muchas socias el intercambio de sus propias experiencias, ideas y opiniones, pues les permitió tomar conciencia de que, en muchos casos, sus problemas derivaban menos de su personalidad que de la situación colectiva de las mujeres» (Baroja, 1998: 29). La sociabilidad que fue engendrada en el *Lyceum* proporcionó una conciencia de cómo el talento de las mujeres había sido reprimido para que ellas estuvieran al servicio de los padres, el marido, y los hijos exclusivamente. El caso de Carmen Baroja es aleccionador, como señala Hurtado; reprochada constantemente por ser «descontentadiza», los miembros de su familia no quisieron ver que su educación y el ambiente artístico e intelectual en que fue criada, le había preparado mal para aceptar el rol de ama de casa que ellos le imponían (Baroja, 1998: 18-19, 29-30).

Victorina Durán, en sus memorias inéditas¹⁶, describe a las socias y el ambiente social que allí se respiraba: «Cada una tenía su personalidad o la de su marido; el ser asociada del *Lyceum* era como tener un título de “ser alguien”» (*cit. post.* Carretón, 2005: 12). Durán también describe el lugar donde primero se establecieron, la «Casa de las Siete Chimeneas»:

...tenía un salón con un piano de cola para conciertos, y en él se daban conferencias casi a diario. Las asociadas importantes y los maridos tan importantes de otras, hacían de este club un lugar exquisito y de gran categoría. Había una sala de té, decorada con todo gusto, una biblioteca y... una salita de bridge. Como pronto se nos quedó pequeña la casa nos trasladamos a la calle de San Marcos, donde tuvimos, debajo de los

15 De hecho había varias lesbianas entre las fundadoras; por un lado la abogada Victoria Kent, que mantenía silencio sobre el tema, y por otro, Victorina Durán que hacía alarde de sus preferencias. Ésto no significaba que no hubiera reacciones homofóbicas por parte de algunas socias, como Carmen Baroja, que dice de Durán: «Victorina Durán y su amiga Matilde Calvo Rodero, las dos gordas y grandes, Victorina, con un complejo feo de masculinidad, que a mí me producía, no eso precisamente, sino toda su persona, una enorme antipatía» (Baroja, 1999: 106). Las dos, Durán y Calvo Rodero, habían estudiado juntas en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, y sus obras —batiks y cueros— fueron presentadas en la primera exposición artística de la sección de Bellas Artes del *Lyceum*, organizada por Baroja (Carretón, 2005: 12).

16 Las memorias de Durán, tituladas *Sucedió*, y escritas entre 1980 y 1982, son propiedad de Vicente Carretón Cano.

salones un piso bajo para hacer exposiciones y dar conferencias.... (cit. post.: Carretón, 2005: 12).

También apunta Durán cómo se hicieron grupos dentro del *Lyceum*:

Como es natural nos fuimos formando en grupos, ocupando siempre las mismas mesas en el salón de té. Nuestra mesa fija la ocupábamos Trudi Graa (de Araquistáin), María Martos (de Baeza), Carmen de Mesa, Isabel Espada, Julia (de Meabe), Matilde y yo. Estas éramos «fijas»; Victoria Kent, Clara Campoamor y Matilde Huici, por sus quehaceres profesionales iban muy a última hora, igual que Rosario Lacy y Adelina Gurrea, que estaban siempre en la biblioteca (cit. post.: Carretón, 2005: 13).

Sin embargo, como ya se ha observado, quizá lo que tuvo más repercusión y más peso para la historia de las mujeres madrileñas era su atención a la cuestión femenina. La sección social del *Lyceum* organizó una campaña en 1927 para suprimir el Artículo 57 del código civil, el mandato que supeditaba a la esposa a todo lo que mandara su marido. También cuestionaron el artículo 438 —sobre el cual había escrito la feminista Carmen de Burgos— que mandaba que el marido que matase o hiriese de gravedad a su mujer por infidelidad conyugal sólo sufriría con la pena de destierro. Asimismo defendieron, como sus antecesoras londinenses dos décadas antes, la igualdad económica entre esposa y marido (Hurtado, 1999: 33). Indudablemente, el tema del sufragio femenino surgió en el *Lyceum*, tema que llegaría a ser candente en las cortes en 1931, cuando Campoamor consiguió el voto para la mujer.

Entre las obras sociales del *Lyceum* estaban la fundación de la Casa del Niño, una guardería para niños de padres trabajadores y, en 1931, la Asociación Auxiliar del Niño, que establecieron en tres barrios proletarios en Madrid, con bibliotecas, talleres para aprender oficios y cultura¹⁷ (Ibídem: 34-35). Ángel Ossorio y Gallardo —presidente de la Asociación Auxiliar del Niño— era un abogado conservador, aunque defensor del voto de las mujeres y la igualdad jurídica de la pareja. En 1928 habló en el *Lyceum* «sobre la mujer y el código penal nuevo, insistiendo en que la ley civil española, contraria a las prescripciones de la ley canónica, discriminaba contra la mujer» (Glick, 2003: 71). Ossorio y Gallardo también afirmó que «la profesión legal estaba plagada de donjuanismo, ya que los abogados explotaban los infortunios que el código civil infligía en las mujeres» (Glick, 2003: 71). Sólo podemos imaginar la estupefacción y

¹⁷ Tuvieron otro reto con las guarderías, ya que el Ayuntamiento les denegó fondos por ser una organización laica (Fagoaga, 2002: 155).

satisfacción de estas mujeres —algunas de las cuales seguramente habían sido víctimas de «las aves de rapiña» que Ossorio y Gallardo describe— al oír sus acusaciones contra el patriarcado.

En 1930, poco antes de la llegada de la Segunda República, este club —que nunca había tenido un carácter político específico, como se ha dicho— estaba en una encrucijada. El *Lyceum* entonces contaba con unas quinientas socias, de las cuales aproximadamente 475 estaban casadas. La junta directiva estaba compuesta de mujeres cuyos maridos se habían destacado en el mundo cultural y político. La presidenta era Isabel Oyarzábal (mujer del intelectual Ceferino Palencia), las vicepresidentas eran Carmen Baroja (hermana del conocido noventayochista, Pío Baroja, y casada con el editor, Rafael Caro Raggio) y Mabel Rick (la mujer del escritor y diplomático Ramón Pérez de Ayala¹⁸). Este fenómeno, que causó que los enemigos del *Lyceum* lo llamaran «el club de las maridas», disminuyó algo la apariencia feminista del grupo. Y, en las vísperas del entusiasmo republicano, el *Lyceum* llegaría a ser también víctima en cierto modo de la polarización ideológica que se estaba agudizando en España. Ésto lo refleja Baroja, cuyas inclinaciones monárquicas la delatan cuando, por ejemplo, habla mal de socias republicanas como Trudy Graa (Baroja, 1998: 104). Es evidente que la solidaridad y sociabilidad se resintieron en el *Lyceum* con la llegada de la «Niña Bonita».

Y justo ese símbolo de la República como «niña bonita» sería causa de nuevos ataques al *Lyceum*. El escritor y gran promotor de la vanguardia en los años veinte, Ernesto Giménez Caballero (Gecé) iniciaría a principios de los años treinta su transformación de vanguardista (aparentemente) liberal en fascista acérrimo. A partir de 1930, Gecé empezaría a ver a todos sus antiguos amigos, ahora activistas republicanos, como enemigos; pero no sólo éso. Para Gecé todos y todo lo relacionado con la República, era afeminado; su obsesión con equivaler liberales con lo femenino llegó luego a unos extremos, que si no fueran

18 Por el Anexo I en el artículo de Fagoaga, se observa que muchas tenían maridos famosos, y no precisamente destacaban por su feminismo. Rosa Spottorno, mujer de Ortega y Gasset, y Dolores Moya, mujer de Marañón, eran socias (Fagoaga, 2002: 159-64). Pero también hay que añadir un dato sumamente importante que señala Fagoaga: «Alrededor del cuarenta por ciento de socias mantiene una actividad ocupacional alta-profesoras, médicas, traductoras, farmacéuticas, abogadas, periodistas, dibujantes, psicólogas —o la encuentran en el *Lyceum*...» (Fagoaga, 2002: 150). O sea, puede que hubiera muchas «maridas», pero también un gran número eran mujeres cultas, con una formación excepcional para la época.

19 Con el triunfo de los nacionales, Gecé publica un artículo donde enaltece los valores «artístico-bélicos», yo diría, del incipiente franquismo, y degrada los de la República: «Nuestra época española de hoy es de los hombres. Tiene acento viril. Tiene expresión de guerra. De macho. Todo lo femenino ha pasado con Don Fernandito el de los Ríos, con el *Lyceum Club Femenino*, con Azaña y Cipri. Mientras líricamente no se puede interpretar nuestra grandiosidad viril, la mejor estrofa fue oír los ritmos dionisiacos del cañón o la poesía frenética de la ametralladora. O las cadencias épicas de las bombas de trimotor» (Giménez Caballero, 1939: s.p.). «Cipri» es Cipriano Rivas Cherif, cuñado de Azaña y un respetado dramaturgo.

tan lamentables, serían risibles¹⁹. De sus ataques, no se salvaría el *Lyceum*; hizo una parodia del Club, en lo que había sido la revista literaria más importante de la vanguardia española, *La Gaceta Literaria*²⁰ (Hurtado Díaz, 1999: 37-39).

Hurtado señala que socias como Carmen Baroja, Camprubí y Fortún, estaban satisfechas con seguir su lucha por los derechos de la mujer; pero había otras que ya estaban muy comprometidas con la naciente República —Kent, Campoamor, Oyarzábal— que «se comprometieron en una doble militancia, feminista y política» (Hurtado, 1999: 31). Y esto motivaría que María Lejárraga fundara otro foro para fomentar un activismo más cívico que cultural. En agosto de 1931, la escritora pidió, desde el podio del Ateneo, que las mujeres de «clase media trabajadora» se apuntaran a su nueva organización, la *Asociación Femenina de Educación Cívica*, que terminaría llamándose *La Cívica*. Este acto había surgido «en desacuerdo con el espíritu elitista del Lyceum Club, que se había convertido en lugar de encuentro de las señoras elegantes de la sociedad madrileña» (Rodrigo, 1994: 240). También, como apunta Fagoaga, el alto nivel de cultura de las socias del Lyceum haría difícil la integración de mujeres con menos formación (Fagoaga, 2002: 151). Pura Maórtua de Ucelay²¹ y la compositora María Rodrigo subieron al tren de Lejárraga, y consiguieron interesar a otras mujeres feministas, como Concepción del Pilar y Monge y María Lacrampe, a que se apuntasen a la *Cívica* también. La organización empezó a funcionar en marzo de 1932 y, ya en junio, tenían su propio local en la plaza de las Cortes (Rodrigo, 1994: 241). Ofrecieron clases a las mujeres que no tenían recursos para asistir a la universidad —en idiomas extranjeros, taquigrafía, corte y confección, música y declamación— ampliándoles así sus posibilidades de trabajo. También había conferencias de gente que ya había apoyado al Lyceum y la Residencia de Señoritas, como el jurista Jiménez de Asúa, Campoamor, la congresista Matilde de la Torre e Isabel Oyarzábal. Evidentemente, no hubo una pugna entre los dos grupos, ni mucho menos. Pero en los años treinta, *La Cívica* llevó a cabo unas tareas mucho más comprometidas con los cambios socio-económicos y pedagógicos de la República que el Lyceum.

Sin embargo, el *Lyceum* seguía siendo la fuente de la cual había emanado un grupo inaudito de mujeres cultas y sofisticadas. Como señala Fagoaga, el Lyceum fue una especie de foro de reclutamiento de mujeres para la República: «El Lyceum fue el lugar de sociabilidad que la elite emergente, preparada para gobernar la República e impulsar la modernidad, necesitaba» (Fagoaga, 2002:

20 Hay que ser justa; otros miembros de la vanguardia republicana también se mofaron del Lyceum; por ejemplo, Rafael Alberti se burló del Lyceum al dar una conferencia allí en 1928 (Mangini, 2001: 91-92). José Díaz Fernández hizo una parodia en su novela *La venus mecánica* (Díaz Fernández, 1930: 163-64).

21 Ucelay fundaría en la «Cívica» el Club Anfistora, un grupo teatral llevado por García Lorca.

155). Victoria Kent, Clara Campoamor, Isabel Oyarzábal, y María Lejárraga tuvieron puestos importantes entre 1931 y 1936, mientras que otras, como Zenobia Camprubí y Ernestina de Champourcín, entre ellas, trabajaron en la retarguardia cuando estalló la guerra civil. A pesar de los incesantes ataques al Lyceum y sus socias, algunos de los hombres de la República reconocieron que el Club reunía a la «aristocracia intelectual» femenina en Madrid —a mujeres que tenían una cultura, un valor y una ética moral y de trabajo superiores a cualquier otra entidad en la capital. Recurriendo a las palabras de Salaverría otra vez sobre el *Lyceum*:

...el Club marca una línea de avance extraordinario en ese camino de incorporación a las corrientes universales. Es una empresa de verdadera civilización, de positiva reforma de las costumbres [...]. Sociedad de mujeres que en el resto de su vida pueden disentir en ideas, pero que en el punto de convergencia de la asociación no quieren hacer más que eso: sociedad, sociabilidad [...] la situación de la mujer en la vida de la capital de España se puede llamar revolucionaria en el sentido de su transformación (*cit. post.:* Fagoaga, 2002: 148).

De modo que, las décadas de los veinte y treinta, fue una época en que, por primera vez en la historia de España, se dio un salto cualitativo apreciable en el camino hacia la liberación de la mujer en términos contemporáneos. Claro que hubieran faltado muchos años para que ese fenómeno se cumpliera plenamente. Y la República no tuvo más que cinco de progreso y tres de agonía. Cuando en 1939 entraron las tropas victoriosas en Madrid, el andamio de la modernidad y la democracia se desmanteló a todos los niveles. Huyeron o perecieron los arquitectos de la República y se borraron los rastros de sus labores. El *Lyceum* —como el primer foro para fomentar la cultura y la concienzación de la mujer— se convirtió en el *Club Medina*, encabezado por la Sección Femenina; de modo que llegó a ser un instrumento más para deshacer los adelantos que habían conseguido las mujeres y para reafirmar el papel subalterno de la mujer. La *Cívica* desapareció sin más. El mundo femenino volvió a ser el del hogar y la domesticidad, sino la cárcel y la persecución. España volvió al silencio, la sumisión, y el aislamiento. El mundo de las «liceómanas», las «feministas» y las «modernas» —y sus adelantos para la mujer— habían desaparecido como si nunca hubieran existido. Sólo hoy día, gracias a investigadoras como Hurtado y Fagoaga, podemos apreciar los enormes esfuerzos de las socias del *Lyceum Club* por proporcionar a las mujeres ansiosas de contactos sociales y culturales un lugar, como diría Virginia Wolff, «para ellas mismas».

BIBLIOGRAFÍA

- BAROJA, C. (1998): *Recuerdo de una mujer de la Generación del 98*, editado por Amparo Hurtado Díaz. Barcelona: Tusquets.
- BROCKINGTON, G. (2004): «A World Fellowship”: The Founding of the International Lyceum Club for Women Artists and Writers», BROCKINGTON_PAPER_English_ws.pdf. Las traducciones son de la autora de este artículo.
- CAMPOAMOR, C. (2002): *La revolución española vista por una republicana*, estudio de Neus Samblancat Miranda. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- CARRETÓN CANO, V. (2005): «Victorina Durán y el círculo sáfico de Madrid. Semblanza de una escenógrafa del 27», *El maquinista de la generación*. Nº 9, pp. 4-21.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, J. (1929): *La venus mecánica*. Madrid: Renacimiento.
- DELANO, L. E. (1969): *Sobre todo MADRID*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- FAGOAGA, C. (1985): *La voz y el voto de las mujeres. El sufragio en España 1877-1931*. Barcelona: ICARIA.
- . (2002): «El Lyceum Club de Madrid, elite latente». En: Danièle Bussy Genevois, ed., *Les Espagnoles dans l'histoire. Une sociabilité démocratique (XIX-XX siècles)*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, pp. 145-67.
- GIMÉNEZ CABALLERO, E. (1939): «El arte y la guerra», *Levante. Órgano de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*
- GLICK, T. F. (2003): «Sexual Reform, Psychoanalysis, and the Politics of Divorce in Spain in the 1920s and 1930s», Austin, University of Texas Press, *Journal of the History of Sexuality*, Vol. 12, Nº 1, 68-97. Las traducciones son de la autora de este artículo.
- . «International Association of Lyceum Clubs», www.lyceumclub.org/en/news_events.htm#ref1
- HURTADO DÍAZ, A. (1999): «El Lyceum Club Femenino. Madrid (1926-1939)», *Boletín Institución Libre de Enseñanza*, II Época, pp. 23-36.
- MANGINI, S. (2001): *Las modernas de Madrid*. Barcelona: Península.
- MARAÑÓN, G. (1920): *Biología y Feminismo*. Madrid: Imprenta del Sucesor de Enrique Teodoro.
- NASH, M. (1983): *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*. Barcelona: Anthropos.
- . (1999): «Un/Contested Identities: Motherhood, Sex Reform and the Modernization of Gender Identity in Early Twentieth-Century Spain», Dentro ENDERS, V. L. y RADCLIFFE, P. B. (eds.): *Constructing Spanish Womanhood: Female Identity in Modern Spain*. Albany: State University of New York Press.

- NIEVA DE LA PAZ, P. (1993): *Autoras dramáticas españolas entre 1918 y 1936*. Madrid: CSIC.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1961): *El hombre y la gente, Obras Completas*. Vol. VII. Madrid: Alianza.
- RODRIGO, A. (1994): *María Lejárraga una mujer en la sombra*, Ediciones VOSA.
- . (1979): *Mujeres de España (Las silenciadas)*. Barcelona: Plaza & Janes.
- THEWELEIT, K. (1989¹⁹⁸⁷): *Male Fantasies*, Vol. I-II. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Recibido el 16 de diciembre de 2005

Aceptado el 22 de marzo de 2006

BIBLID [1132-8231(2006)17: 125-140]